

El anciano miró á su celestial compañera con ternura de enamorado.

¡Cuánto hubieran gozado ellos viendo retoñar en sus hijos sus bien logrados amores!

Pero... ¡quince días después Fernando salió para Cuba!

IV

Los tristes augurios del general no tardaron en cumplirse.

Las emociones del sorteo y de la escena que le siguió; las indescriptibles del día de la despedida, más desgarradora para los ancianos que la presentían eterna.

¡Y después de la partida de Fernando, el hondo, incolmable vacío que dejó en aquella casa, antes toda llena de su presencia, toda animada por él; y ya sin él silenciosa, fría, cadavérica! Y sobre el dolor de la ausencia, las inquietudes de la travesía, primero, y después de ella el terror al mortífero clima, la amenaza cruel de la guerra, el sobresalto continuo, la incertidumbre de todos los momentos, agrandada por la distancia, agravada por la enfermedad del anciano, acrecida por el amor infinito de aquellos tres desventurados que alentaban con la memoria del ausente.

Tantas ansiedades, tanto dolor, tanto género de tortura junto, acabaron en breve con la débil resistencia del pobre enfermo, que, tres meses después de la partida de su hijo, murió como había vivido: apacible, hidalga, religiosamente.

Al punto en que espiraba, sacaron á doña Carmen desmayada de la alcoba. Lolita, acongojada y casi exánime, iba á seguirla. Pero de pronto se detuvo, pensó lo que hubiese hecho Fernando en aquella hora. Y con heroico esfuerzo se acercó al lecho mortuario y posó tenue y reverentemente sus deditos estremecidos sobre los párpados violáceos del cadáver. Sobrecogida y asustada, los retiró de súbito. ¡Entonces los párpados inertes volvieron á abrirse, y las pupilas vidriosas y extintas parecieron mirar trágicamente allá lejos, muy lejos!... ¡Adonde miran hasta después de muertos los ojos de los padres españoles que se apagan para siempre sin haber vuelto á ver á sus hijos!

V

Con santa conformidad soportó la esposa cristiana el tremendo golpe. La resignación no le faltó ciertamente; pero le faltó la vida.

Se habían amado durante cuarenta años—diez de noviazgo y los treinta de matrimonio—, y en

todos ellos vivieron con una sola alma. Muerto el uno, no podía quedar del otro más que el vacío de aquel alma de los dos, el horror de sentirse vivir sin ella.

Aquello ya no era vida. Hubiéralo sido para la madre, teniendo cerca á su Fernando en la hora suprema de la viudez. Por su hijo, y al lado suyo, bajo la luz de sus miradas, al calor de sus besos, acaso hubiera sobrevivido.

Pero ¿cómo soportar la ausencia de aquellas dos vidas de su vida, la una muerta, la otra constantemente amenazada?

Así, la dolorida señora fué cayendo paso á paso en una mansa é invencible atonía, que era lento resbalar hacia la muerte.

Poco á poco iba resignando en la niña todos sus derechos, cuidados y prerrogativas de dueña y señora de aquella desierta y desolada casa.

A medida que al prolongarse la guerra alejábase indefinidamente la vuelta de su hijo, se la veía, triste y desalentada, ir abdicando hora por hora al porvenir, á la esperanza, á la vida.

Lolita, acongojadísima por el dolor de su nueva orfandad, sacó fuerzas milagrosas de su extrema flaqueza, y animada por el sentimiento del deber, trató de llenar con su menuda personita el vacío de toda aquella dispersa y casi extinguida familia.

Pero ¿en qué fuente escondida y prodigiosa bebía ella las energías, las esperanzas y el vigor que la mantenían enhiesta entre tanta desolación, firme en la brecha del deber?

¿Qué maravilloso espíritu animaba á la pobre niña anémica, inexperta y desvalida, para luchar sola contra tanta desventura, para asumir tan graves cargos, para llenar tan difíciles deberes?

¿Por ventura el amor, el eterno fénix que renace invencible de las cenizas de la muerte?

Pero ¿qué había sido de sus pobres amores, nacidos de tanto dolor?

¿Resisten acaso las tiernas florecillas del valle al impetu de los desatados huracanes?

¡Vinieron en tan mala hora aquellas alegrías!

¡Nació tan tarde y tan al borde de la ausencia aquel amor!... ¡Era Fernando tan apuesto, tan guapo, tan impresionable y tan diferente de Lolita!

¡Estaba Cuba tan lejos, había allí tantos peligros, tantas seducciones, y era ella tan poca cosa para enamorar, para ilusionar y satisfacer á su primo!...

Así pensaba la pobre niña en aquellos tres primeros meses de la ausencia de Fernando y últimos de la vida de su padre.

Por las noches, á la hora querida de sus ensueños regalados, cerraba los ojos con deleite y con miedo, para soñar despierta con Fernando y con la terrible isla, que ella veía en su imaginación infantil como una región encantada y siniestra, llena de peligros, de asechanzas, de lazos, de monstruos y de fieras espantables emboscadas bajo las frondas de la flora más opulenta, extraña y caprichosa que alcanzó á

inventar fantasía de niña exaltada y calenturienta.

¡Qué cosas veía la pobre criatura á través de su geografía, de su política y de su sociología de inocente enamorada!

Cuba—decía muy quedito, escondiendo la cabeza entre las sábanas, para que ni el aire oyese aquellos tiernos desahogos—es una tierra de muerte y de perdición para nosotros. Es la sirena de las islas, cuyos cantos engañosos atraen á la muerte á nuestros pobres hermanos. ¿Por qué llamarla perla? ¡La *perla de las Antillas!* ¡Vaya una cursilería! No, no es perla ciertamente; pero con ser una isla tan grande, pudiéramos engarzarla en llanto, si se reuniesen las lágrimas que nos cuesta á las pobres españolas!

¡Cuba—exclamaba después con enérgico arranque—, funesta isla, sin conocerte te aborrezco, te odio, te maldigo!—Y rompía á llorar como una desesperada.

Y luego: ¡Dios mío, pero esto que estoy haciendo es pecado! No se debe aborrecer, ni odiar, ni maldecir... Además, el patriotismo, el *deber militar*, como decía papá Alfonso... ¡Ay, si me oyera! Pero... ¿y Fernando? Yo aborrezco á Cuba porque me lo quitó y me lo amenaza de muerte..., porque acaso me robará su cariño. ¡Si no!..., ¿qué me importaba á mí la pícara isla? Pícara, sí—esto ya no es malo—; pícara, porque está llena de peligros, de monstruos, de amenazas... Tiburones en el puerto; mambises, negros

y demonios coronados, en la Manigua; y en el aire el contagio mortífero, las fiebres, el vómito, la muerte; la muerte por todas partes, sumergida, emboscada, acechando, disuelta en la atmósfera.

Y allí, ante aquella naturaleza magnífica, bajo aquel sol espléndido, deshojándose hora tras hora la flor de la juventud de España.

¡No, no, no me resigno! ¡Las mujeres no tenemos más patriotismo que el amor! ¡Y muchas veces, el amor y el patriotismo son una misma cosa! ¡Ay, si me oyera mi pobre tío!... ¡Sí, pero en Cuba murió mi padre!—Y se alegraba de hallar un motivo tan justo, tan sagrado, para maldecir otra vez á la isla, aunque fuese sin palabras y sólo allá en lo íntimo de su corazón.

Lolita aborrecía á Cuba, porque Cuba significaba para ella la guerra; pero la aborrecía también, y acaso más hondamente, porque significaba para su Fernando el peligro que ella más temía: la seducción. La seducción, no por un ser determinado, sino por todo: por aquella naturaleza, por aquellas costumbres, por aquel aire.

¡Es allí tan fácil, tan suave, tan muelle, tan voluptuosa la vida! ¡Y es Fernando tan propenso, tan accesible á todos aquellos encantos, á todas aquellas indolencias, abandonos y refinamientos de la existencia regalada y material!

Y como Lolita era toda espiritual y Fernando todo humano, la muchacha aborrecía á la isla con el odio que inspira una rival hermosa, peligrosísima, irresistible.

En fin, que Lolita, sin saberlo, estaba celosa

de Cuba. ¡Caso singular, una muchacha celosa de toda una isla! Así, en aquellos inocentes monólogos había asunto para toda una epopeya.

Y cierto que no le faltaba razón á la niña. Su primo era, sin duda, materia dispuesta para rendirse á la fascinación de la isla, al hechizo de sirena que encanta y aprisiona á tantos peninsulares.

Fernando era un griego, un sibarita, un *diletante* de la vida; no le faltaba más que una isla seductora, una Chipre encantada, una tierra de tentación donde la Naturaleza fuera fiesta perpetua.

Y acaso hubo un momento en que sintió la atracción, el mareo de aquel intenso perfume de vida y de sensualidad.

Pero sin duda Dios, y hasta las propias desventuras, favorecieron al tierno idilio naciente.

Cierto que Lolita no era hermosa, ni seductora, ni irresistible, ni apenas mujer; su cuerpecito ágil, vibrante, sobrio de líneas, de contorno suave, recogido, casi ascético, parecía una duda entre el ángel, el niño y la doncella.

Pero toda la hermosura que faltaba en él y muchas más bellezas que no son humanas, ni plásticas, ni visibles, tenía las ella dentro de su espíritu, como en compensación generosa á la deleznable belleza externa.

Y como de su alma habiase enamorado Fernando y ésta la ponía ella toda en sus cartas, no tenía el primito motivo para desilusionarse.

Al contrario. A medida que el alma, recién

despierta, iba desplegando sus alas de luz; á medida que aquella noble inteligencia y aquella espléndida sensibilidad, primero tímida, después confiada y libremente, iban revelando sus virtudes, sus hechizos, sus gracias inagotables en aquellas encantadoras confidencias, ibase el muchacho sorprendiendo, cautivando y prendando más cada día.

Dijérase que Dios había puesto en Fernando todo lo que faltaba á Lolita, y en Lolita todo lo que faltaba á Fernando. Tenía él en su persona arrogante la gentileza, el esplendor y los bríos de la mocedad lozana; y Lolita, que de todo esto carecía físicamente, atesoraba su belleza, sus gracias y todo su vigor en el alma.

Amaba ella, sin sospecharlo, la seductora belleza de Fernando, y obstinábase en infundirle sus idealismos, sus entusiasmos, su espíritu. Blasonaba él de su hermosura, y hubiese querido comunicarla á su novia; pero admirado, deslumbrado, subyugado, hora tras hora, por el prestigio irresistible de aquel alma, llegó á envidiársela á su prima, y deseó hacer suyo todo aquel bien.

Así, cuando leía las cartas de Lolita parecía embobado, absorto, hipnotizado. Cada una era para él una sorpresa, un descubrimiento, un hallazgo. Dentro de aquella chiquilla insignificante se ocultaba toda una mujer encantadora, hechicera. A cada paso interrumpía la lectura con exclamaciones como éstas:

—¡Pero qué chiquilla, qué diablejo, qué mona!

¡Si parece mentira!... ¡Vamos, que me da cien vueltas! ¡Me trastorna, me vuelve loco!

Y lloraba, reía solo á carcajadas y besaba mil veces las sutiles hojas de papel de *Ultramar*, cuajadas de letras menuditas, menuditas, *para que cupiese allí toda su vida*, como decía ella vertiendo al papel en delicioso desorden confidencias, impresiones, proyectos, inquietudes, lágrimas y niñerías...; ¡su existencia entera!

Y al paso que Fernando, solo, mal instalado, falto de los cuidados, de los refinamientos, de los mimos, de la adoración, del culto insustituible, único, que gozaba en su casa, iba comparando su presente á su pasado, y por la carencia, por la privación, por el vacío de todo aquel bien, estimando su precio y su magnitud; al mismo paso, y como si lo adivinara, extremábase la picaruela en hacerle sentir aquella ausencia y apetecer aquellos perdidos goces, en hacerle añorar su España, sus padres adorados, su viejo caserón destartalado y alegre, su confortable *home*, tan pulcro, tan cuidado por la encantadora primita; y más que todo, la primita misma, á través de cuyas cartas le parecía todo aquello más hermoso, más deseable y querido.

¡Sabía ella darles tal vida, tal animación é interés á sus cartas, que logró que Fernando, el desdeñoso, el inconquistable, se pasara la vida leyendo y releyendo la última y ambicionando la venidera!

En una de las primeras, y accediendo al deseo del primito, le mandó la niña su retrato.

Una primorosa fototipia de *Huerta*, que, en tintas dulces, desvaídas, vaporosamente esfumadas en torno al busto, reproducía la linda cabeza de medio perfil y envuelta entre los airosos pliegues de una mantilla de *castañuelas*, cuyas ondas caían en vigorosas manchas negras sobre los sueltos ricillos que orlaban la graciosa carita anémica, expresiva y tan simpática, habladora y fina como de madrileña neta, de pura sangre española.

—¡Vaya si está remonísima la muñeca!—pensaba el primo, sin cansarse de contemplar el retrato—. Bonita..., lo que se llama bonita..., no lo es, de eso no cabe la menor duda; pero tiene un encanto, un *no sé qué*, un algo que también es belleza, aunque lo sea *de otro modo*. Belleza de expresión..., sí, justamente; rasgos convencionales que usa el Supremo Artista cuando quiere decir con sublime incorrección cosas divinas! (Pues, señor, estoy haciendo estética.) ¡Pero yo me entiendo! Porque, vamos á ver: si corregimos por aquí y por aquí—indicando las correcciones con el dedo—este perfil y los reducimos á las proporciones clásicas..., en ese caso—mirando atentamente la fototipia—, pues ya no me diría nada esa cara; como que habría perdido todo su elocuente hechizo..., vamos, que ya no sería ella; y yo la quiero tal como es, así, tan salada, tan mona, prometiéndome en su carita lo que me cumple por escrito. ¡Cosa más rara! Pero es lo cierto que su fisonomía y su correspondencia me hablan en el mismo *estilo*. ¡Aquí me gus-

ta, porque se parece á sus cartas; pero sus cartas me gustan más todavía, porque son el retrato de su alma!

Esto fué durante los primeros meses. En aquellas confidencias lució la niña todas las galas que estrenaba su alma para celebrar la fiesta de sus primeros, de sus únicos amores.

Después, cuando vinieron las grandes tristezas, los días aciagos y luctuosos de la muerte del general y de la prolongada agonía de su viuda; cuando Fernando, que á fuer de niño-ídolo habíase formado en la ignorancia y en el apartamiento de toda física y moral miseria, y como quien entra en la vida indefenso para la lucha, inapercibido al dolor, incapaz del sufrimiento—esto es, de la aceptación del padecer—se revolvió furioso contra la primera desgracia que le hirió con fulminante violencia, entonces Lolita acreditó el temple finísimo de su espíritu; entonces la niña halló solemne ocasión de manifestarse mujer y de probar, con sus ternuras de enamorada, sus altas virtudes, sus dotes sublimes de compañera, de esposa y hasta de madre para con el afligido ó, más bien, desesperado muchacho. Porque en Fernando, como en toda naturaleza enérgica, egoísta y no avezada al sufrimiento, el dolor tomaba caracteres de protesta é ímpetus de rebeldía.

¡Cómo! ¿El infortunio, las miserias físicas, las enfermedades, la muerte, osaban atentar contra su familia, contra él mismo, contra su persona augusta, invulnerable, sagrada?... ¿No

era él un inmortal, un ídolo, un dios hecho para el goce absoluto, para la dicha inalterable?

Así argüía dentro de él su naturaleza toda pagana, su orgullo, su vanidad olímpica. Para él no había más que dos términos en la vida: gozar ó desesperarse.

Por algo he dicho que Fernando era el *clasicismo*, la deificación de la carne.

Y Lolita, en contraposición, el *romanticismo*, el espíritu cristiano, el desprecio de la materia, la *crucifixión* de la carne por amor, por caridad infinita. Pensar, sentir, padecer, entregarse, inmolarse por amor. Tal era el ideal de Lolita.

¡Y cómo y cuán divinamente acertó á realizarlo para con el primito afligido, desesperado y rebelde!

¡Qué cartas las tuyas, qué adivinaciones, qué cuidados y consuelos, qué medicinas, qué bálsamos del alma conocía ella! ¡Y con qué delicadeza suave y toda femenina sabía aplicarlos, sin que sus deditos infantiles rozasen siquiera la llagá enconada y peligrosa!

Con aquel sistema de medicinas celestiales, el enfermo fuése aplacando, y acabó por sanar y convalecer dulcemente, aunque con resabios de niño mimoso y consentido después de una enfermedad.

Luego, como á la muerte del general sobrevinieron las preocupaciones y asuntos propios de tales casos, la testamentaria con sus múltiples y enojosas complicaciones, y como doña Carmen no estaba ya en este mundo, todo venía sobre

Lolita, y para todo tenía ella que entenderse con Fernando.

Pero como á veces urgían las iniciativas ó las decisiones, y el correo tarda tanto y los cablegramas son tan caros, la muchacha, autorizada para todo por Fernando y por su madre, hacía y deshacía á su antojo ó, mejor dicho, á su acierto, porque éste era tal, que hubiese dado que admirar á la envidia.

Todo ello era leña arrojada á la hoguera de aquel cariño; todo mantenía y estimulaba el interés y la asiduidad de aquella correspondencia de los novios; todo estrechaba entre ellos la confianza y la unión; la comunidad de penas, de preocupaciones, de cuidados, é iba fundiendo sus dos almas y sus dos existencias en una sola.

Y mientras más se acercaba Fernando moralmente á Lolita, más la admiraba y la estimaba y la quería.

¡Cuando pensaba él que todas aquellas delicadas ternezas estaban escritas con la misma manita piadosa que cuidaba á su madre y había cerrado los ojos á su adorado viejo!...

VI

Las predicciones del general seguían realizándose. Poco después de cumplirse el año de su muerte, y á consecuencia de una hemiplejía que terminó en rápida congestión, expiró en los brazos de Lolita la dolorida madre, por tanto tiempo agonizante.

Desde entonces la niña cerró la mitad del caserón vacío y se retiró á vivir, como en su propio nido, en las habitaciones de Fernando, que así se lo había ordenado á título de tutor provisional y de marido futuro.

Allí, en medio de aquella casa abreviada, vivía la nueva señora en miniatura, confiada á los cuidados casi maternos de Manuela, vieja ama de llaves, sirviente del corte antiguo, de aquellas que emparentaban espiritualmente con los dueños; hembra agigantada, de temerosa fealdad y de celestial condición, que tenía por cara la noche y por alma el amanecer; toda dedicación, toda cariño para su Lolita, para *su niña*, á quien había criado, y ni á tirones acomodábase á llamar señorita.

En medio de la casona cerrada, silenciosa y muerta, el elegante departamento de Fernando,

por cuyos balcones, orlados de enredadera cuajada de campanillas azules, entraban la viva luz del mediodía y el ambiente perfumado del jardín, era como un paréntesis de esperanza en medio de lúgubre necrología.

Era como el corazón de la casa moribunda, donde se habían refugiado la vida, la sensibilidad y el amor.

El amor, cruel y divino egoísta, capaz de hacer su nido en el hueco de un sepulcro, había-se aposentado como dueño en el viejo caserón desierto y fúnebre, y con la insolente osadía propia de su condición de niño indómito, había-se puesto muy á su sabor, sin pizca de miedo, de respeto al duelo de la casa, ni de otro ningún miramiento, á volcar allí mismo su ánfora llena de ilusiones, de ensueños y de esperanzas celestiales.

Lolita ensoñaba: como en el hueco tronco del viejo roble carcomido y derrumbado se anidan bulliciosamente los pajarillos nuevos, así vivirían ellos, y acaso la familia futura, en el vestu solar renovado y rejuvenecido.

Allí retoñarían, con savia de santos recuerdos, las bienandanzas del porvenir. Allí donde vivieron sus padres, vivirían ellos honrados, tranquilos, felices, ¡muy felices!

¡Qué ensueños, qué proyectos, qué cartas las de aquellos últimos meses!

Cuanto mayor la pena que los affigia, cuanto más solos se iban quedando, cuanto más aislados y más huérfanos, tanto más se necesitaban, se

unían, se entregaban y se querían loca y apasionadamente el uno al otro.

Para Fernando, á quien cada vez hacíasele más dura aquella expatriación infructuosa, aquella larga inacción desesperada y prosaica, sin lucha decisiva, sin peligros ni esperanzas de triunfos y de gloria militar, y para quien cada día era más árido el presente y más anhelado el porvenir, había-se ya cumplido la predicción de don Alfonso: Lolita era para él la patria, sus padres, su honor, y su vida: todo junto.

Para Lolita, hecha de aspiraciones, de idealismos, de ternura; para Lolita, que vivía de amor, y que á nadie podía ni sabía querer en el mundo más que á su amparador, á su hermano adoptivo, á su prometido esposo, Fernando lo era ya todo; de él le vendría cuanto bien esperaba, y á él se le iba toda el alma, en las cartas, en los monólogos, hasta en la oración.

Ni uno ni otro vivían sino de su ensueño, de la proximidad de la dicha cercana, muy cercana; tanto, que ya creían tocarla, asirla con la mano.

Una mañana en que, por haber velado largamente la víspera, escribiendo primero y ensoñando deliciosamente después, Lolita se despertó muy tarde, no halló, como de costumbre, los periódicos á la cabecera de su cama.

Se vistió apresuradamente, buscó los diarios, interrogó á Manuela, á la doncella, á la cocinera...; ¡nada!: no habían llegado, ni nadie sabía de ellos.

La primera impresión fué de contrariedad, de mal humor; mandó al portero á buscar los periódicos, y se puso á terminar la carta comenzada la víspera.

Llamaron á la puerta: ¡Todo sea por Dios! ¿A que no la dejaban escribir? Era Pepita Morales, una discípula muy cariñosa, entrañable, excelente amiga; pero que no acostumbraba á visitarla á aquellas horas. ¡Podía haber venido más tarde!

—¿Tú por aquí, monina, tan de mañana... y sola?—Se besaron cariñosamente.

—Vengo con la doncella. Salí á misa, y... y...

Pepita estaba pálida, alterada, no daba con las palabras. ¿Qué era aquello? ¿Pasaba algo?

En esto llegó el padre Teodoro, confesor y amigo de los Enríquez.

Entonces sí que se convenció Lolita de que algo pasaba.

Antes que el pobre señor, que, aunque muy viejo, no había mentido nunca, ni sabía, hallase una fórmula, un pretexto que dar á su intempestiva venida, Lolita, que con la rápida adivinación del sentimiento comenzaba á presentir cosas terribles que no podía creer, ni ignorar ni dudar por un momento, prorrumpió inmutada:

—¡Padre Teodoro, Pepita!, ¿qué es esto?, ¿á qué vienen ustedes?

—Pero si no sucede nada; sino que... yo...

—balbució el sacerdote; y Lolita, cortándole la palabra, gritó alteradísima:

—¡No, no, padre! No trate usted de engañar-

me. ¡Ya no es posible! ¡Lo sé, lo presiento, lo veo; pasa algo! ¿Pero qué?... ¡Digo, sí, ya lo comprendo; por eso no parecen los periódicos! ¡¡Manuela!! ¡¡Manuela!!

Llamó ya descompuesta, oprimiendo nerviosamente el botón del timbre eléctrico, que tintinaba allá lejos, apremiante, angustioso, desatado como vibración sonora de aquel sobrecitado organismo.

Y no hubo apelación: invenciones, subterfugios, súplicas, todo fué inútil. Era imposible oponerse á aquella voluntad, peligrosísimo exasperar aquella creciente exaltación que amenazaba una crisis funesta.

Obedeciendo al padre Teodoro, Manuela trajo los periódicos.

Nadie respiraba.

Lolita, temblorosa, vibrante de emoción y de angustia, tomó uno, cualquiera, el que venía encima, lo desplegó desatentadamente, buscó la «Última hora», los telegramas, miró... No debió leer más que un nombre, el de Fernando, y una sola palabra: *muerto*, porque casi á punto de mirar arrojó un grito desesperado que conmovió á todos hasta lo hondo de las entrañas, y cayó, chocando al desplomarse contra el pupitre, donde aún estaba abierta la carta inconclusa, la apasionada carta de amor dirigida al pobre muerto!

VII

Muchas horas tardó la desventurada en volver de aquella aparente muerte que la ciencia calificó de catalepsia. Pero, contra lo que todos temían, al recobrar la conciencia no recayó en la exaltación ni en el dolor desesperado, tan peligroso para su salud.

Cuando tornó á la vida, y con ella al horror de su trágica situación, lloró amarga, copiosísimamente, con llanto desbordado; pero silencioso, benéfico, sosegado.

Al cabo agotáronse sus lágrimas, sus suspiros, sus alientos; se embotó su sensibilidad, apagóse su mirada, se paralizaron sus miembros, se estancó su vida y se eclipsó su alma.

Ni Pepita ni el padre Teodoro abandonaban á Manuela en la piadosa asistencia de la enferma; pero ninguno de los tres, ni tampoco el médico de la casa, acertaban á comprender ni á calificar aquel extraño estado de la doliente.

¿Por qué no se desesperaba ya, ni lloraba siquiera, ni hablaba, ni preguntaba nada? ¿Qué era aquello? ¿Anemia, extenuación? No; porque tomaba dócilmente medicinas y alimentos, sin que el médico la hallase mucho más débil que antes.

¿Indiferencia? Tampoco, ya que á veces se la veía llorar sin lágrimas y como á través del cuerpo, y sin que éste se interesase en aquel dolor todo del alma.

¿Desesperación? Menos, puesto que no daba de ella señal alguna, y antes su actitud parecía de resignación y rendimiento; sólo que aquel rendimiento no podía decirse si era esperanza ó conformidad, y entrega y anulación de sí propia.

¿Qué sucedía dentro de la enigmática enferma?

Algo que ella misma no se razonaba, ni intentaba razonarse, ni menos quería dejar traslucir á los demás. Algo increíble, absurdo, inexplicable para todo el mundo; pero no sólo posible, sino lógico, necesario, fatal, en temperamentos como el suyo, hechos para creer y esperar, para idealizar y entusiasmarse, inflamarse y ascender á todas las alturas, é incapaces de vacilar, de dudar, de descreer.

Así como el lema de Fernando era *gozar ó desesperarse*, el de Lolita era *creer ó morir*. Su espíritu, como su temperamento, eran impenetrables á la negación, refractarios á la duda; todo su ser, hecho de fe, de amor, de idealismo, de entusiasmo, toda ella era *una afirmación*; pero afirmación absoluta: para ella lo relativo no existía y la *negación* equivalía á la muerte.

Así, para Lolita, volver á la vida fué volver al amor absoluto, á la fe incondicional, á la esperanza insumergible, que constituían su existir,

Y allí, en las mismas habitaciones, en la pro-

pía alcoba, en la cama que había sido de Fernando, indiferente á los cuidados, á la curiosidad, á las inquietudes de los que la rodeaban, emancipada del mundo, desasida de la realidad, la niña enamorada había reanudado sus monólogos y proseguía mentalmente su tierna correspondencia de amor.

Primero, en la penumbra de la conciencia, se preguntó:

—¿Pero será verdad lo que lei? ¿Puede haberse muerto Fernando?—Y sólo al pensar juntas estas dos palabras sentió tal resistencia, tales rebeldías en todo su ser, que comprendió la imposibilidad de unir extremos tan inconciliables como su vida y la aceptación de tal idea.

Entonces, con el enérgico instinto de la conservación de la existencia, que era una con su amor, se dijo muy quedito en la conciencia:

—Pero... ¿y si fuera mentira? ¿Y si Fernando viviese, si estuviera herido nada más? Vamos..., ¿no podía ser esto? ¡Vaya si podía ser! Al cabo, la noticia era un telegrama seco, descarnado, lacónico..., y los telegramas, muchas veces, se equivocan... ¿Y si fuese un error de nombre? ¡Pero no, no! He oído decir á Pepita que todos los periódicos están contestes en esto y dan detalles... ¡Pobre Pepita, pobre padre Teodoro, pobre cilla Manuela; como me quieren tanto están asustados de esta aparente indiferencia mía! Y, sin duda, por encargo de don Enrique (el médico), se empeñan en producirme una crisis de llanto, en arrancarme á esta *atonía*; sí, ayer

oí la palabreja al Doctor...; ¡creen que no oigo nada! Y los pobres me leen los telegramas, y yo los escucho con el alma colgada de cada palabra que suena. Pero bien oí que el último, el más verídico, dice que cayó herido al anocheecer, en un encuentro; que con la obscuridad de la noche, que se vino encima, y con la confusión del combate, no hallaron el...

Aquí se detuvo por no pensar esta palabra: el *cadáver*.

—Bueno, que no le hallaron; y, por último, que acaso había sido hecho prisionero. Sí, eso será, eso es; ¡como que no puede ser otra cosa! ¡Dios mío, herido, prisionero, sólo entre aquellos salvajes! ¡Qué espanto! ¡Sí...; pero es él tan valiente, tan listo, me quiere tanto, desea tanto la vida por mí! ¡El amor da fuerzas, la fe da heroísmo, y luego... Dios no le desamparará! ¿Verdad, Dios mío, que tú no querrás, no puedes, no has podido desampararle? ¡Sí, sí; lo veo, estoy segura! ¡El se salvará, se ha salvado; viene, me lo dice á gritos el corazón!

Y alucinada, delirante, febril, veíalo en sus desvarios ó en sus sueños, con su uniforme de rayadillo, con su ancho sombrero de paja, y pálido, muy pálido, venir hacia ella con un dedo en los labios, como temiendo despertarla.

.....
 Cuando volvía á la realidad, todos y todo le hablaba de la muerte de Fernando: las visitas, las tarjetas, las cartas de pésame, los periódicos. No era posible resistirse á creerlo; era evi-

dente, innegable. A traslucir sus pensamientos, hubieranla tenido por loca. Ella debía creerlo, lo creía, no quería dudar. ¡Ya no le quedaba más que resignarse, llorar, rezar!... Y, sin embargo, allá en el fondo de su alma flotaba siempre una luz vaga, suave, divina, insumergible...

Así pasaron varios días; y contra todo lo que hubiera podido esperarse, Lolita comenzó á recobrar las energías, los colores, la salud.

VIII

La mañana de un día de espléndido amanecer, de uno de esos triunfales días madrileños en que parece que el sol nos calienta hasta el fondo del alma, Lolita se sintió penetrar por el vivífico influjo de la luz. Y ágilmente, como si fuerzas invisibles tiraran de ella y la suspendiesen en el aire, se levantó, vistióse rápidamente, abrió uno de los balcones del salón y aspiró con deleite físico y con ansia moral el aire libre, puro, embalsamado y caliente como caricia amorosa de la vida.

Con emoción de convaleciente, con anhelos instintivos de un ser joven que se agarra enérgicamente á la existencia, lo miró todo, recreándose en mirarlo: el jardín, las plantas abrillantadas por el rocío, las casas vecinas, las campa-

nillas azules... ¡todo lo quería ella tanto! Pero ¿por qué le parecía todo nuevo?

Volvió al salón, al billar-esgrima, en uno de cuyos ángulos había ella levantado un sencillo altar, que contrastaba con el belicoso decorado de la estancia varonil como su vida con la vida de Fernando. Allí, delante de una Concepción de hermosa talla, rodeada de flores, ardía una lamparita desde el día en que se embarcó Fernando; en aquella luz, siempre viva, veía la niña un símbolo de su esperanza.

Aún no había llegado Pepita, la fiel amiga incomparable. Manuela, sobre quien pesaban entonces todos los cuidados de la casa, y hasta los más graves asuntos de ella, confiada en la mejoría de su niña, tal vez había salido ó se ocupaba en los abandonados menesteres domésticos que urgentemente solicitaban su celo.

Lolita estaba sola. Y todo en aquella hora tranquila, el silencio solemne de la casa, la transparencia de la luz, del aire, del cielo, la pureza virginal, mística, de aquella jubilosa mañana como de resurrección y de gloria, todo determinó en la niña una refluorescencia impetuosa de ternura, de esperanza, de fe, una sed infinita de Dios.

Arrodillóse, se prosternó con todas sus potencias ante la celestial Señora que tan bien conocía su alma, sus amores, su inocente secreto de esperanza rebelde é invencible. Y allí, como si llorase en los brazos de la madre á quien no conoció, hablábale á la de Dios con tan confiada

ternura, con abandono tan infantil, que nadie hubiese podido escucharla sin lágrimas.

Apoyando la frente sobre el bordado mantelillo del altar, lloró largo tiempo con llanto dulcísimo y reparador.

Y como el amor y la vida alentaban en ella juntos, al sentirse reanimada y confortada por la fe, interpretó el consuelo divino de la plegaria, como promesa de terrena dicha, y volvió á esperar con irresistible, con *irremediable* esperanza.

De pronto se levantó, derramó la mirada por el alegre salón inundado de sol, y pensó:

—¡Todo le espera aquí, todo es suyo, todo vivé para él! Y vendrá, vendrá... ¿Cuándo? ¡No sé; pero, sin duda, muy pronto!

En esto llamaron á la puerta. Pero ¡con qué llamar! ¡Con el mismo llamar del cartero que le traía las cartas de Cuba! ¡Y era la misma hora!... ¡Sería posible! ¡Ah, que idea! Y corrió desalada hacia la puerta.

En el camino encontró á la doncella, que, por ser nueva, ni conocía las letras de las cartas, ni podía tomar las precauciones y cuidados que empleaba Manuela antes de entregar á su niña el correo, que ya no traía sino pésames ó malas nuevas.

La muchacha entregó á su señorita, junto con los periódicos del día, un paquete de cartas.

Pero Lolita no vió más que una sola, y viéndola, todo el mundo se borró, se disipó en derredor suyo, y se redujo á aquel sobre diri-

gido á ella, con sello de Cuba, con letra de Fernando.

¡Su letra, su carta, la carta ambicionada, suspirada, presentida, allí estaba, la tenía ella, la tocaba y no se desvanecía; no era sueño, era suya, y nadie podía ya quitársela!

Y aquélla, además de una carta de Fernando, ¡un pedazo de paraíso!, era el paraíso todo entero, porque era la evidencia de su vida, la esperanza realizada, triunfante, gloriosa, por encima de todos los noticiones, de todos los periodicos, de todas las mentiras del telégrafo y del cable, ¡máquinas estúpidas que no saben lo que dicen ni el daño que hacen con sus equivocaciones!

¡Pero todo era mentira! ¡Aquello, aquello sólo era verdad! ¿Y qué importaban ya el error, el engaño cruel, el sufrimiento espantoso, si todo ello no sirvió sino para avalorar la dicha, para agrandar la alegría?

¡Allí, allí, en su mano estaba la felicidad, en forma de carta de Fernando y dirigida á ella! ¡Pero cómo temblaba, si no podía romper el sobre! Tanta luz había en sus miradas, que á su contacto se incendiaba el aire, llenándose de chispas de fuego vivísimo, que no la dejaban ver las letras. Los oídos le zumbaban como con el estruendo de una música triunfal, atronadora. Estaba deslumbrada, ensordecida, ciega, casi demente. ¡Nada, que no veía, que no podía leer! ¡Qué martirio y qué gloria!

Fuera de la presencia, no hay objeto, ni reli-

quia, ni retrato, ni nada que nos represente tan vivos á los muertos, tan presentes á los ausentes queridos, como los caracteres de su letra. La letra es algo vivo, es la palabra misma de la persona amada, que se nos entra materialmente por los sentidos; sólo que en vez de sonido es proyección, y en vez de oirla, la miramos. Pero es algo aún más íntimo, más individual si cabe: es como la personalidad gráfica, algo que está en la forma y en los giros de la escritura, á través de los cuales percibimos el ritmo de la vida, el rastro de la idea, la estela del sentimiento, el paso del alma querida, su huella visible sobre el papel, tocado por las manos, oreado por el aliento y como empapado en aquella vida tan remota y tan cercana.

Por eso las cartas son, materialmente poco menos, y moralmente casi más que la presencia real del ser amado: son la presencia de su alma.

Por eso, tal vez, no hay emoción de *tanta altura* como la producida por una carta de amor.

Todo esto, sin explicárselo, sin definirlo, sentía Lolita en aquel divino pedazo de papel.

La carta le decía tanto por fuera, que no le dejaba llegar á su contenido.

Por fin leyó. ¡Aquello era más de lo que ella ambicionaba!

«Habana, 7 de Febrero, nueve mañana. (Ambos tenían la dulce nimiedad de consignar las horas de sus confidencias.)

»Chiquilla de mi vida, ¡qué noticia voy á darte! Es tan grande, tan grande, que no me cabe en la carta ni en el corazón...; pero ¡allá va!

»¡Por fin vamos á vernos! ¡Voy á España; nos casamos!... Como que estuve por dirigir esta solemne epístola á la *Señora de Enríquez*...»

—¿Dice esto? ¿Lo dice con todas sus letras? ¡Vaya si está claro! ¡Dios mío!, pero ¿es posible?

Y prosiguió:

«Ya sabes que el General—siempre bueno conmigo—, al verme tan flaco, tan abatido, tan deshecho como me quedé con los dos terribles golpes que llevamos—¡gracias á ti los he resistido!—, me concedió licencia temporal por enfermo; pero como yo lo estaba sólo del alma, y para ésta es lo primero, ya lo sabes—¡y no tengas celos de la bendita patria!—, el *deber militar*, como decía mi llorado viejo, no acepté la licencia. ¡Si querré yo á la Señora Patria! Pero si no la quisiera no sería digno de ti.

»Ahora... no es que esté malo, ¿sabes?, no es cosa de cuidado, ni siquiera enfermedad; padezco unas fiebre-cillas leves, muy leves, casi nada; pero el señor *físico* me ha dicho que debo viajar, marcharme de aquí, que necesito respirar el aire de España. ¡No sabe él muy bien cuanto lo necesito! Y quiere meterme miedo diciendo que si no me voy el mal pudiera hacerse crónico y... ¡qué sé yo, aprensiones! Yo no me iría—¡no te me enfades, nena!—; pero el buen hombre lo

tomó tan á pechos, que habló al General, y el General casi me ha mandado militarmente que me vaya. Y como ahora no hago aquí gran falta, voy á cuidarme, porque la patria y mi *pupila*, mi hijita *provisional*, necesitan de mí... ¡Nada, que me *resigno* á ser dichoso! ¿Qué hace un hombre cuando le abren de par en par las puertas del cielo y le mandan como un deber que se entre por él de rondón!

»¡Conque espérame para... muy pronto! Llego, *te doy mi blanca mano, te hago capitana*; chiquilla, somos felices, nos emborrachamos de alegría; y luego..., luego, si aún dura la guerra, me vuelvo al puesto de honor. Y si me tocase caer en él..., entonces me moriría tranquilo, habría cumplido el juramento que empeñé á mi santo viejo; te dejaría mi nombre honrado, mi casa, un porvenir seguro, y seguiría protegiéndote y amparándote hasta más allá de la vida.»

—¡Vaya unas tonterías!

Y seguía leyendo llorosa:

«Conque al momento, á escape, militarmente, futura señora de Enríquez, arréglole usted todo. La confección del *trousseau* durará lo que mi travesía, ni una hora más. ¡Pero gasta dinero, tira con pólvora del Rey, derrocha lo que quieras, renueva lo que se te antoje—menos la alcoba de nuestros pobres muertos, ésa no la toques; ¡será el relicario donde guardaremos todo lo que fué de ellos!—; lo demás vístelo de nuevo, de fiesta de boda, nenita. ¡Qué alegría!

»Tres de la tarde.

»Pero... ¡qué tonto he sido! Es decir..., vamos, que no es bueno alegrarse tanto de antemano, y como soy tu *tutor*, debo enseñarte á tener juicio y puedo mandarte, y así te mando, que no te alegres todavía más que á medias, con la mitad del alma, conservando la otra mitad serena para cualquier caso imprevisto.»

—¿Por qué dirá esto? ¡Qué raro!

«No, no es que suceda nada; pero... las noticias de hoy no son muy pacíficas; hay por ahí *jaletto*: creo que iremos *de fiesta*. ¡No vayas á asustarte! Nada, expediciones sin consecuencias; porque á estos enemigos no se les ve nunca de frente. Un *paseo militar*, chiquilla, y sin duda bonito, porque esta tierra lo es—por cierto que pecas de injusta con ella; ¿también te da celos la isla?—Muy bonita, sí, señora..., no me corrijas el adjetivo, *académica*; ya sé que no es *bonita*, sino hermosa, espléndida, magnífica, todo eso junto. Ya verás qué cosas te cuento de aquí—¡porque me vas volviendo poeta, hechicerilla!—Hoy mismo, hoy..., si me diera yo cuerda, si dejase ahora desatarse todas las músicas y todas las tristezas que me ruedan por el alma!... Es decir, tristezas, no...; ¡qué sé yo lo que siento! Desilusión, miedo, rabia de niño de que se me pueda retardar el viaje... Pero aunque se retardase, aunque no se realizara por ahora...»

—¡Jesús!

«... no te abatas, no te apures, no desconfíes, porque... ¡te juro que *nunca, nunca, nunca* te he querido como hoy!

»Reza, Lolita mía; reza para que Dios me lleve pronto á ti, y recibe toda el alma de tu

»FERNANDO.»

—¡Toda el alma, sí, toda, toda aquí está!—besando la carta.—La tengo, la tengo entera y nadie me la quitará. ¡Esta es la verdad pura, santa! ¡Todos esos papeluchos son mentira, negra, odiosa, torpe mentira!—golpeando los periódicos.—Pero... ¿qué dice aquí?—fijándose en la primera plana de un diario, donde llenaba tres columnas un artículo encabezado así: *La muerte del capitán Enriquez*.—¡Aquella era la horrible, la tremenda realidad!

Por respetos muy atendibles no había querido el periódico publicar aquellos dolorosos detalles; pero pasados los primeros días, cuando ya no sería un secreto para nadie la desgracia, reproducía íntegra la interesantísima carta de un testigo presencial, de un amigo íntimo del muerto, cuyos restos habían sido hallados por fin, recibiendo cristiana sepultura y los debidos *honorarios militares*.

Estas dos palabras juntas devolvieron la conciencia de la realidad á la niña, que leía como sonámbula, maquinalmente, sin poner en la lectura el alma, que tenía aún toda en su ensueño.

—¡Mentira, mentira, miserable mentira!—exclamó, prorrumpiendo en una carcajada espasmódica.

Ya hacía un rato que Pepita y Manuela estaban delante de ella consternadas, mirándola leer. Pepita había sabido lo del artículo; pero llegaba tarde para evitar sus desastrosos efectos. Lo que no sabían era lo de la carta.

—¡Lola, hija mía!...—dijo tímidamente la amiga.

—¡Mentira, falso!—prosiguió la pobre eriatu-
ra, mirando alternativamente el periódico y la carta, la afirmación y la negación, la vida y la muerte.—¡Esta, ésta es la verdad! ¡Como que es su carta, su letra, su propia letra adorada!

Manuela, al reconocer aquella letra, al ver aquella carta, estuvo á punto de desplomarse, creyó que el mundo se rompía en pedazos.—¡Pero cómo era posible! ¡Quién hubiera creído! ¡Virgen santísima, qué hemos hecho!

—¡Mirala, Pepa!—afirmaba Lola, mostrando la carta á su amiga, que parecía extática de terror.—Pero ¿no sabes? Viene. ¡Nos casamos, qué felicidad!

—¡Pobre Lolita mía!—sollozó Pepa, rompiendo á llorar con todas sus fuerzas.

—¿Cómo, tú, también tú lo crees? ¡Si eso es falso, falso, falso! ¡Si la verdad es ésta, su letra, su carta, mírala; si esto no puede ser mentira!

—¡Por desgracia...!

—¿Cómo desgracia? ¿Pero no ves que sería espantoso, cruel, sangriento, que no hay cabeza en que quepa, ni alma que lo sufra, sin estallar en mil pedazos? ¡Fernando ya... sin vida, y hablándome aquí de amor y de bodas! ¿Su cuerpo ya

enterrado, y su alma sonriéndome en este papel? ¡No, no, no; eso sería absurdo, brutal, inconcebible; sería como una burla de los cielos y de la tierra! ¡Sería como ver reír á los sepulcros y oír cantar á los muertos!

(Excitadísima, trágica, terrible.)

Pero el periódico estaba allí, y en él la carta desoladora de aquel ejemplar amigo, de aquel simpático Paco Monsalve—á quien tan bien conocía ella por los elogios que de él le hacía Fernando—, de aquel noble hermano de armas que había amortajado por sus manos el cadáver, hallado tres días después del encuentro.

Aquello hablaba con la tremenda elocuencia de la verdad, y á través de los caracteres impresos veía la pobre niña filtrarse el llanto del amigo y la sangre del heroico muerto.

Lo que pasaba era tan cruel, que excedía en horror á todas las tragedias.

Y al cabo estalló con espantosa explosión el dolor de la infeliz abandonada.

Cuando llegó el padre Teodoro, cuando acabó de entender todo aquel horror, se llevó las manos á la cabeza, se tambaleó, estuvo á punto de caerse redondo; y en vez de consolar á su pobre hija espiritual, aquel niño valetudinario, aquel ángel del cielo con sotana, se echó á llorar como una criatura.

Pepita lloraba acongojada.

Manuela, que parecía la personificación del dolor popular, desatado, fragoroso, trágico, rompió á llorar con todos los bríos de sus generosas

entrañas. Y tierna, delicada, siempre en medio de su rudeza, tuvo un rasgo sublime: se arrodilló, como si comprendiera que aquélla era la última suprema hora para la noble familia de los Enríquez, sus adorados señores.

Pero nadie intentaba consolar á la triste superviviente. ¿Para qué?

Hay desventuras que aplastan, que se imponen, que sobrecogen como la tempestad y como el océano.

Todos reconocieron tácitamente que aquel dolor enorme, desesperado, extremo, era lo irreparable. Y no encontrando palabras, ni esperanzas, ni consuelos dignos de tanta desventura, todos callaban, con silencio que era la más elocuente expresión de la impotencia humana anodada ante lo irremediable.

El pobre organismo de la niña parecía próximo á estallar roto por la presión brutal de aquellas dos supremas impresiones, destrozado por aquel trágico derrumbamiento desde los cielos al abismo.

Y sobrevino una convulsión espantosa; y, al cabo, la palidez, la crispatura, el hielo, el desmayo mortal, la catalepsia.

* * *

Al anochecer de aquel día, que amaneció tan espléndido para la pobre niña, salían de la casa, formando triste grupo, el médico y el confesor.

Ya en la escalera, ofreció el doctor su brazo